

ANTE LA SITUACIÓN QUE NOS TOCA VIVIR, ¡PONER LA CONFIANZA EN DIOS!

Nos encontramos en medio de una crisis mundial, ocasionada por la pandemia del coronavirus Covid-19 . Es algo que llegó de repente, como un “convidado de piedra” que aparece sin ser llamado y que, lo peor es que no sabemos cuándo se va a ir.

Nos afecta a todos: países gigantes, como la China y sus casi 1.400 millones de habitantes, y a países como el nuestro, con menos de 3 millones y medio de habitantes. Afecta a aquellos que son potencias económicas como China, Estados Unidos, Alemania, Francia, Inglaterra, Italia, y a economías mucho más débiles, como la de los países de nuestra región, algunos de Asia, y posiblemente afectará, si ya no lo ha hecho, a países de África.

No discrimina, tampoco, entre ricos o pobres, famosos o gente anónima; hemos visto que por donde pasa, afecta por igual a todos, generando sufrimiento y, en algunos casos, también la muerte.

El mundo está desconcertado. De pronto, “algo” aparece y lo barre todo: no solo la salud de la población, sino, también, la convivencia, la actividad económica, los proyectos y las expectativas de mucha gente.

En nuestro país coincide, además, con el inicio de un nuevo período de gobierno, con un nuevo partido, o mejor, con una coalición de partidos al frente del país, que de pronto ve como todo lo que anunciaron durante la campaña electoral que iban a hacer tiene que quedar postergado para atender a esta “urgencia” sanitaria que desplaza cualquier otra prioridad. Me imagino que esto ha de ser motivo de frustración y de enojo para quienes han puesto todo en juego para llegar a ser gobierno, soñando hacer algo distinto y queriendo proyectar al país hacia adelante, generando dinámicas nuevas de crecimiento económico y de justicia social. Ahora, ¡todo eso deberá esperar!

¿Qué lectura podemos hacer desde nuestro ser cristianos de todo esto? ¿A qué nos llama o nos mueve esta situación? ¿Cómo respondemos desde ACDE a lo que está viviendo hoy nuestro país, la región y el mundo?

Deberíamos reflexionarlo entre todos. Yo me atrevo a tirar algunas líneas y podemos seguir reflexionando y rezando qué nos pide el Señor en circunstancias como esta.

Lo primero es entender que esto no es algo querido por Dios. Enseguida hay gente que le atribuye intenciones a Dios: “por algo nos castiga”, “nos está poniendo a prueba”, “nos lo merecemos porque nos hemos alejado de Dios”, etc. ¡Decir eso es no haber conocido nunca al Dios de Jesús! Dios no nos pone a prueba, no es un Dios sádico que nos lleva al límite, para ver hasta dónde aguantamos. ¡Pensar que Dios, el Abbá Padre de Jesús, es así, es terrible! ¡Dios no maneja la creación a su antojo, “inventando” un nuevo virus para castigar a nadie! La naturaleza tiene sus ritmos y sus reglas y nosotros somos parte de esa naturaleza.

Lo seres humanos somos quienes, a veces, manipulando esa naturaleza, hemos generado verdaderos desastres, con consecuencias terribles para mucha gente. Con sólo pensar en Hiroshima y Nagasaki, o en Chernobyl, ya está todo dicho.

Lo segundo, entonces, es ser luz de esperanza en medio de toda esta situación. No debemos dejarnos ganar por el desánimo, por el espíritu de derrota o por la frustración. Debemos intentar apoyarnos unos a otros, apoyar a quienes tienen hoy la responsabilidad de gobernar el país y, por lo tanto, de guiarnos en medio de esta situación de crisis. “Poner palos en la rueda” o exigir sin estar dispuestos a hacer sacrificios a nivel personal o de la empresa, es ser, como mínimo, irresponsables.

Hoy, más que nunca, lo importante es colaborar: aportar ideas, ayudar a pensar soluciones y ponerlas en práctica! Es un momento muy duro para todos, pero debemos ponernos en el lugar de quienes tienen las mayores responsabilidades y ayudarlos a buscar la forma de salir adelante, porque así es como salimos todos!

Por eso, el tercer punto, es el llamado a la solidaridad. La Doctrina Social de la Iglesia tiene ahí mucho para decirnos. La solidaridad es un valor supremo, que nace del sabernos y reconocernos unos a otros como hermanos. Dios le pregunta a Caín, en el libro del Génesis, ¿“dónde está tu hermano”? refiriéndose a Abel. Y Caín, que lo había matado, dice: “¿Acaso soy yo guardián de mi hermano?” La respuesta de Dios es que sí, que somos responsables los unos de los otros, que estamos llamados a cuidar unos de otros, atendiendo de un modo particular a los más pobres, los ancianos, los niños, los más vulnerables de nuestra sociedad.

La respuesta de ACDE y de sus integrantes ante esta situación, tiene que ser una respuesta en sintonía con esta invitación que nos hace la Iglesia a la solidaridad. Cada uno tendrá que ver el “cómo”, el “desde dónde”, “con quién” o “con quiénes”, mirando siempre al que tengo más cerca: mis propios empleados, sus familias, su entorno, y pensar acciones concretas que los ayuden a vivir con dignidad los efectos de esta crisis.

Lo último, pero quizá lo más importante, es la invitación a poner nuestra confianza en Dios. Tenemos una fuerte tendencia a tenerlo todo controlado, queremos que todo responda a la perfección a las planificaciones y proyecciones que hemos hecho, luego de muchas reuniones, FODAs, consejos, asesorías, etc. Pero, de pronto, irrumpe algo como lo que sucede ahora que desbarata todos nuestros planes y nos hace tomar conciencia de la fragilidad de lo humano, y de nuestra propia fragilidad. Le sucede, muchas veces, a las personas cuando de pronto se les diagnostica una enfermedad grave o terminal; hoy nos toca vivirlo como sociedad, tanto a nivel país, como a nivel mundial. La ciencia, que aparece siempre como “omnipotente” y “omnisapiente”, ocupando para algunos el lugar que antes, como sociedad, le atribuíamos a Dios, parece derrumbarse: no tiene soluciones, no tiene respuestas, ¡no sabe qué hacer! Al menos por ahora.

Por eso, la invitación es a poner nuevamente la mirada en Dios, desde la humildad de nuestra realidad, de lo que realmente somos, personalmente y colectivamente.

Que esta crisis que nos toca vivir sea una oportunidad para sacar lo mejor de nosotros mismos que es, en definitiva, sacar lo mejor que Dios ha querido poner en cada uno de nosotros.